

Estrategias de Desarrollo Local ⁽¹⁾

©[ARTEMIO BAIGORRI](#)

Conferencia en las **Jornadas de Desarrollo Local y Promoción de Empleo**, Ayuntamiento de Badajoz/Centro de Empleo y Formación Guadiana, Badajoz, 9/XI/94

Debo decir de partida que la ponencia que se me ha encomendado me ha sobresaltado un poco. En primer lugar por el poco tiempo de que he dispuesto para prepararla, pero también porque, aunque he hecho unos cuantos bastantes estudios sobre desarrollo comarcal, rural y urbano, así como sobre paro, empleo y formación ocupacional, no me considero un experto en promoción de empleo. Ustedes saben mejor que yo que es mucho más rica la experiencia que aporta la práctica diaria, de base, al pie del Centro Local de Promoción, o de la Oficina Comarcal, que las visiones mucho más generalistas que podemos llegar a tener los investigadores de gabinete, por mucho que, como es mi caso, nos guste el trabajo de campo. Aunque, posiblemente, esa observación, interesada en el tema pero en cierto modo externa, puede aportar a veces reflexiones que, en el día a día, no suelen tener cabida. Este es únicamente el sentido que quiero darle a mi exposición.

Tal vez por eso me ha sobresaltado también un título tan categórico, *Estrategia de desarrollo local de empleo*. Me ha parecido demasiado redondo y preciso. En parte porque yo soy bastante disperso, pero también por otras razones, que voy a exponer al par que explico por qué he modificado ligeramente el título, cambiándolo por el de *Estrategias de Desarrollo Local*.

Primero he borrado la palabra empleo. No ha sido un capricho, ni un deseo de eludir el tema de fondo; sería absurdo en unas Jornadas dedicadas, fundamentalmente, a la promoción del empleo. Pero llevo años pensando -y es por supuesto una reflexión muy personal, que tal vez algunos de ustedes no compartirán-, que no existe, o no puede existir, una política específica de *desarrollo para el empleo*. Naturalmente tendré que explicarme, para que mi afirmación no parezca una provocación *a la violeta*.

En mi opinión, cuando se habla de *políticas de empleo* nos estamos refiriendo en realidad, y en casi todos los casos, a *políticas contra el paro*. Esto es, a programas destinados a paliar las desventuras de quienes se encuentran en esa situación. En el fondo, por más que contribuyan a mejorar los recursos personales (intelectuales y materiales) de los parados, o su capacidad de desenvolvimiento en una sociedad económicamente hostil, sin embargo las medidas formativas, ayudas, becas de

asistencia a cursos, incluso buena parte de las subvenciones a la creación de empresas, son en realidad formas de subsidios de desempleo. Son prestaciones sociales.

Esto que no quiere decir, por supuesto, que con todas estas medidas no se cree empleo. De hecho, existe ya un subsector económico, a caballo del Terciario (los servicios) y el Cuaternario (la información), al que doy la denominación provisional de *sector ocupacional*, cada vez más importante. Un sector extremadamente dinámico, con una rotación acelerada en el empleo, cuya materia prima son los parados y cuya producción es la formación ocupacional. Es, además, uno de los pocos sectores económicos en los que no se da la clásica alienación entre el productor y el producto final que descubrió Marx: de hecho, los productores en un curso pueden ser meses más tarde consumidores en otro, y viceversa, y así sucesivamente. Hay quien encuentra ese proceso improductivo, pero a mí me parece muy importante, porque **la mejora en la formación, sea cual sea su contenido, hace que la gente se sienta psicológicamente mejor, y capacita al tejido productivo para los cambios.**

Acabo de participar en un proyecto de evaluación ex-post de las acciones formativas cofinanciadas por el Fondo Social Europeo, para el que se han encuestado a unas 9.000 personas en toda España, de entre los que en un año determinado realizaron cursos, para ver cómo ha evolucionado después su biografía laboral. Para algunos investigadores los resultados parecían decepcionantes; pues, por ceñirnos al caso de Extremadura, el 82% de los que siguieron cursos seguían, o estaban de nuevo en paro, dos años después. Y en los pocos casos en que habían obtenido empleo éste tenía un nivel muy precario. Sin embargo, yo he defendido en mis conclusiones una actitud claramente positiva hacia los mismos. Tengamos en cuenta que, fundamentalmente, los usuarios de los cursos habían sido mayoritariamente mujeres, residentes fuera de las tres capitales y con un bajo nivel de formación. Aún asumiendo -porque esa conclusión resultaba ineludible, a la vista de los datos- su escasa utilidad en relación a la integración inmediata en el mercado de trabajo, esto es a la resolución del paro, sin embargo *"los cursos han sido de gran utilidad para permitir a un colectivo social -y no sólo laboralmente- marginado, como son las mujeres de pequeños municipios y pequeñas ciudades, y de bajo nivel cultural, mejorar su preparación, mejorar su preparación funcional y capacitarlas para la integración en la sociedad. Han salido de sus casas, han hecho relaciones, han obtenido en muchos casos una ayuda económica que les ha permitido sin duda valorizarse en la estructura familiar, y sobre todo han adquirido nuevos conocimientos"*⁽²⁾

Desgraciadamente los economistas se resisten siempre a cambiar los epígrafes de la Contabilidad Nacional, y por eso este sector no está suficientemente analizado. Pero tiene ya entidad suficiente para que, al igual que la Sanidad, la Educación o la Defensa Nacional, se constituya en una rama específica de la economía y de la Administración. Tiene sus propios especialistas, su propio lenguaje, su terminología, incluso a veces parece que hasta su propio corporativismo latente. Y yo creo, además, que es un sector estable, que va a crecer en el futuro, a medida que se acelere la rotación laboral y sectorial, y que debe extenderse a otros ámbitos; se ha creado una estructura, una capacidad para la animación socio-laboral, un colectivo cualificado para la formación ocupacional que debe aplicarse no tanto, o no únicamente, a la formación para el empleo, que como hemos visto hay que asumir que no es muy exitosa, sino más bien a la formación y capacitación social. Porque esa capacitación social, que implica elevación del nivel cultural, sí que será un fundamento sólido para el desarrollo. En los

Estados Unidos, que es donde se siguen haciendo los grandes experimentos (los buenos y los malos), se han contrastado las políticas de algunos Estados de bajo nivel de desarrollo, y se ha comprobado que aquéllos que habían invertido en formación y calidad de vida (vivienda, medio ambiente, comunicaciones básicas) han tenido un cierto despegue en los últimos años, mientras que los que han mantenido los esquemas clásicos de subvención directa a las empresas industriales han seguido estancados.

Así pues, y si mi hipótesis es correcta, aparte del empleo generado en el propio *sector ocupacional*, el empleo no se genera con las políticas de empleo, sino con la política económica. Son la producción y la demanda las que generan empleo. Es por eso, en suma, por lo que he creído que debíamos referirnos a estrategias de desarrollo, sin adjetivos. La política de empleo, el *sector ocupacional*, es sin duda un apoyo insustituible, y pienso que cada vez una condición sine qua non, pero si no hay inversiones productivas, sin aumento de la producción y de la demanda de bienes y servicios, no hay empleo, sino subsidiación.

Volviendo a nuestro título, el que la generación de empleo dependa de la política económica no quiere decir, sin embargo, que haya que quitar también el término *local* del título. El desarrollo económico no se decide única y exclusivamente en los grandes centros nacionales o internacionales de decisión, aunque se mantenga la impresión de que esto es así. De hecho, esto sólo viene sucediendo desde muy recientemente, exactamente desde que se impuso la planificación centralizada y tecnocrática propia de la sociedad industrial. La aparición de los planes de desarrollo supuso el definitivo acogotamiento de las ciudades y la exaltación hasta el absurdo de lo que con agudeza Toffler llamó "*el código oculto de la civilización industrial*".⁽³⁾ la uniformización, la especialización, la sincronización, la concentración, la maximización y la centralización. Desde el debate de Hamilton sobre federalismo/centralismo, en el momento en que se diseñaba la Constitución de los Estados Unidos, pasando por los soviets o el fordismo, hasta los planes de Lopez-Rodó, que no son sino un calco de la planificación francesa, estamos ante un mismo proceso. Y, sin embargo, durante siglos las ciudades han decidido con plena autonomía su política económica. Max Weber decía que la ciudad no se caracteriza únicamente por tener una organización económica, sino también por tener una organización reguladora de la economía, una política económica propia. Tradicionalmente, esta política económica tenía por objeto el "*intentar garantizar el abastecimiento regular de alimentos, y mantener la moderación de los precios, así como la estabilidad de la actividad de productores y comerciantes*".⁽⁴⁾

Curiosamente fue en los Estados Unidos, el primer país donde los principios de la sociedad industrial se instituyeron y alcanzaron su máxima expresión, donde primero surgieron tanto la crítica como las alternativas al sistema. Si en Inglaterra, la primera nación industrializada, fue donde, en el siglo XIX, primero apareció la crítica del industrialismo más feroz, de la mano de Engels y Marx, bajo la forma de crítica de la economía política del capitalismo, y por supuesto también el socialismo como alternativa, es de toda lógica que fuese en los Estados Unidos, máxima expresión en el siglo XX del sistema industrial, donde apareciese la más aguda crítica de este sistema, aunque no fuese teñida del verbalismo seudorevolucionario que ha caracterizado después las expresiones europeas de esta crítica.

Lo que comienza como una preocupación por el tamaño, por los conglomerados, por los monopolios y oligopolios, en suma por el gigantismo, desemboca, en una de sus ramas,

en la reivindicación del localismo. Los trabajos de Jacobs, primero sobre el desarrollo de las grandes ciudades, y luego más específicamente sobre la economía de las ciudades, pusieron de manifiesto a finales de los años '60 que, por debajo de ese gran entramado nacional, organizado por los Estados o las grandes corporaciones, las ciudades seguían teniendo, y sobre todo podían tener, una vida económica propia, unas capacidades productivas, en suma, que podían planificar su propio desarrollo económico, como "*órganos económicos primarios*"⁽⁵⁾. Los nuevos utopistas americanos del localismo, muy inspirados en los conceptos de *ayuda mutua* y de interacción entre *campos, fábricas y talleres* de Kropotkin, y trasvasados rápidamente a Europa, llegaron a exaltar la autosuficiencia de las ciudades y, en general, de todas las comunidades. Muchos hemos pasado por esa etapa de la exaltación de la autosuficiencia, y en parte seguimos sufriendo los efectos de ese utopismo.

La verdad es que todo esto no era sino la expresión de los problemas y limitaciones del sistema industrial, de los que el propio sistema ha sido cada vez más consciente, a partir sobre todo de la gran crisis de los '70, provocada, en último término, por los efectos de las estrategias de concentración y centralización, en aquel caso de las reservas energéticas. Frente a la exaltación del mercado como principio regulador de la economía, había conciencia también de que, en el fondo, esas grandes corporaciones que se superponen a ciudades, regiones y estados, que centralizan y concentran la riqueza, "*obtienen sus beneficios como derivado de su influencia política, a través de exenciones impositivas, subsidios, cuotas de importación o contratos para la defensa, y no por la competencia en el mercado*"⁽⁶⁾. A ello se uniría la crítica del ecologismo radical de los años '70 (y hablo de radical no en términos del fundamentalismo que caracteriza al radicalismo conservacionista actual, sino en la medida en que ponía de manifiesto la fuerte interrelación entre los presupuestos fundamentales del capitalismo y el industrialismo con la crisis ecológica), que incorporó las posibilidades de la tecnología intermedia y el buen trabajo.

Hoy el capitalismo ha introducido en sus nuevas normas de funcionamiento las conclusiones que se derivaron de aquella crítica, por mera necesidad de supervivencia. También es cierto que los nuevos medios de transporte de personas, mercancías e información lo hacen posible. Pero, del mismo modo que hoy las ciencias empresariales han incorporado la economía del medio ambiente, incluso la contabilidad ecológica (aunque, como en tantos aspectos, nuestra Universidad va con diez años de retraso), también se ha asumido que "*el nuevo sistema de creación de riqueza comparte la doble condición de local y mundial. Las potentes microtecnologías posibilitan que se haga a nivel local lo que antes no se podía llevar a cabo de forma económica a escala nacional. De manera simultánea, muchas funciones rebasan las fronteras nacionales e integran las actividades que se realizan en muchas naciones en un solo esfuerzo productivo*"⁽⁷⁾.

Hay, en suma, un espacio para la planificación del desarrollo a nivel local. O, expresado según la nueva literatura al uso, "*la descentralización se convierte en el acicate de nuevas estrategias para crear empleo y fomentar el desarrollo*"⁽⁸⁾.

Pero volvamos a nuestro título, del que también me ha parecido interesante sustituir el singular *estrategia* por el plural *estrategias*. Yo creo que el cambio es obvio, tal vez requiera menos explicaciones que la desaparición de la palabra empleo, pero también requiere una justificación.

A mi juicio, no existe **una** estrategia de desarrollo local. Aunque el abuso en que se ha caído de algunos términos, como los de ecodesarrollo, endógeno, y todos esos, ha llevado a confundir una teoría a medio desarrollar con una técnica, no hay un catecismo, un catón, un manual del perfecto desarrollador local. Tal vez porque la esencia de lo local es la diferencia. Un espacio local se diferencia de otros por su paisaje, la naturaleza de sus recursos naturales, por el nivel de sus infraestructuras y equipamientos, por la calidad de sus comunicaciones, por el nivel de instrucción de sus habitantes, por las expectativas de renta y bienestar que éstos tienen, por el grado de su organización política (entendida como niveles de participación), por sus sistema de creencias y actitudes. A mi modo de ver si, a pesar de los evidentes éxitos, hay tantos fracasos en la planificación local del desarrollo (por supuesto que, mientras las subvenciones afluyen, los fracasos no se manifiestan con toda claridad, pero entonces no estamos hablando de desarrollo), es porque demasiado a menudo se cae en el empeño de aplicar fórmulas que han podido ser exitosas en otros lugares pero que no tienen por qué ser generalizables.

Así pues, existen estrategias múltiples. No cabe duda de que en el medio rural, donde el objetivo último no es ya crear empleo, sino sujetar a la población al territorio, porque la base de la conservación del territorio es la presencia de la población, las estrategias incluirán no sólo la creación de empleo sino también, sin falsos pruritos, una subsidiación que no es tal sino pago a una prestación de servicios fundamental, como es mantener el espacio habitado, cuidado. Pero serán esencialmente distintas de las estrategias a aplicar en las ciudades, donde contamos de partida con un mercado de decenas o cientos de miles de consumidores que expresan demandas que pueden ser satisfechas, en parte por el mercado y en parte por los servicios públicos. Por ello definir no tanto la estructura socioeconómica, como el diferencial que caracteriza a cada territorio o ciudad es esencial para diseñar una estrategia de desarrollo.

Jane Jacobs⁽⁹⁾ proponía hace muchos años los dos mecanismos básicos que posibilitan el desarrollo en una ciudad: el primero, y más importante, es la producción de bienes y mercancías exportables; como efecto inducido del éxito en ese primer proceso se seguirá el que sin duda es más importante: la sustitución de importaciones.

Sin embargo, los hechos nuevos, la experiencia acumulada en el desarrollo descentralizado, nos permiten invertir el proceso: creo que la clave para empezar a movilizar los recursos y la capacidad de desarrollo es hoy la sustitución de importaciones; si ésta tiene éxito, los productores de bienes iniciarán de forma natural un proceso de exportación, que retroalimentará el proceso.

Por otra parte, la economía ecológica nos ha aportado un concepto fundamental para localizar nuevas áreas de intervención: el concepto de reciclaje, que es algo mucho más amplio que la recuperación de basuras. Toffler propone que *"cada vez se acepta más que la creación de riqueza es un proceso circular, cuyos residuos se reciclan para transformarlos en insumos para el siguiente ciclo de producción. Este método presupone la supervisión informatizada, y unos niveles cada vez más profundos de conocimiento científico y medioambiental"*⁽¹⁰⁾. Es, por tanto, más complejo que el voluntarismo ambientalista. Las ciudades grandes y medias cuentan, cada vez más, con nuevos recursos derivados del reciclaje industrial y social. Pero, naturalmente, se necesita una capacidad científica y tecnológica elevada para aprovechar estos recursos

potenciales. Conseguir la implicación en estas tareas de los centros públicos de investigación es por ello fundamental.

Así, para poder desarrollar con éxito un programa de apoyo a la creación de empresas bajo el concepto de ILE (Iniciativas Locales de Empleo), debemos trabajar con dos universos claramente definidos:

a) De una parte la estructura socioeconómica local, que debe ofrecer la capacidad para demandar productos y servicios aún no ofertados, y asimismo la capacidad de suministrar los inputs y servicios complementarios que esas nuevas ofertas precisen para desarrollar su producción; este universo (la sociedad local) es sin duda el elemento principal, ya que tiene que tener capacidad de demanda de nuevos productos y servicios. Y tiene que contar con capacidad científica y tecnología para desarrollar las nuevas aplicaciones.

b) El otro universo es el de la propia población desempleada, de entre la que tiene que surgir en parte el capital humano capaz de responder a esas demandas potenciales de los consumidores locales; de este universo interesa en primer lugar su capacidad emprendedora, su nivel de formación y, en tercer lugar pero no con importancia menor, su capacidad económica para acometer inversiones productivas con o sin ayuda de las Administraciones Públicas. Es por ello por lo que, personalmente, considero tan importante la labor del *sector ocupacional*, aunque no siempre ande bien orientado.

En suma, una estrategia de desarrollo local debe basarse en la detección de lo que denominamos *vacíos productivos*, esto es espacios para la producción de objetos o servicios demandados o demandables por la sociedad local que, o no son satisfechos por el aparato productivo local (el concepto de *sustitución de importaciones* de Jane Jacobs), o simplemente todavía no han sido implementados en el mercado. Y precisa asimismo de la existencia de una materia prima muy especial: paradas/os emprendedoras/es, con formación apropiada y con una mínima capacidad económica (de inversión o de financiación). Sin la existencia de uno de los dos elementos (vacíos productivos y capital humano) cualquier inversión promocional está destinada al fracaso.

Es por tanto sobre esos dos elementos sobre los que deben centrarse los estudios previos que hayan de fijar el *mapa* sobre el que trabajar.

Naturalmente, la promoción de empleo (entendida por supuesto como acción pública tendente a la creación de puestos de trabajo que, previsiblemente, el mercado no generaría de forma *natural*) puede canalizarse también, en una parte importante, a través de empresas (fundamental, aunque no únicamente PYMEs) ya existentes, en las que sea posible implementar respuestas productivas a esas demandas potenciales señaladas, prestándoles el apoyo tecnológico, formativo y/o financiero posible para que esos nuevos productos o servicios conlleven la creación de nuevos puestos de trabajo. Por lo que se hace asimismo imprescindible conocer la estructura empresarial ya existente en el municipio. Como ha apuntado X.Grefe, uno de los mejores expertos en ILE, no se trata únicamente de añadir, a las tradicionales actividades de ayuda a la población desempleada, una estrategia económica de creación de nuevas actividades; sino que tales programas deben apoyarse tanto en un diagnóstico de la economía local como en un proyecto total de desarrollo.

El último punto considerado es de especial interés. Hace imprescindible la definición de un *modelo de ciudad* que debe ser asumido, y constituir el punto de partida para el desarrollo de políticas activas de empleo del tipo ILE. Se trata entonces de un **proyecto global de desarrollo** en el que toda la acción debe de basarse.

La base del mismo ha ser, obviamente, un certero análisis local. Este debe permitir permitir detectar, a la vista de análisis comparativos con estudios similares de otros territorios o ciudades, la existencia de *vacíos* en el tejido productivo, demandas no satisfechas, direcciones posibles del desarrollo, etc.

Un segundo punto fundamental es el conocimiento en profundidad tanto de la evolución como de la estructura del empleo y el paro en el municipio, con un análisis más profundo de las características (edad, formación genérica y especializada, actitudes, capacidad económico-empresarial, etc) del colectivo de paradas/os. Demasiado a menudo se proyectan grandes operaciones, basadas en la obtención de auxilios económicos, fundamentalmente de la Comunidad Europea, sin otro conocimiento sobre la situación del mercado de trabajo que los datos del INEM o algunas intuiciones más o menos acertadas.

Estos elementos (conocimiento en profundidad de la economía y la sociedad local, y análisis de la población y el mercado laboral) nos llevarán a plantear un **modelo de desarrollo** que encaje en las características socioeconómicas del municipio, desagregado en los cuatro sectores hoy considerados (agricultura, industria/construcción, comercio/servicios, y cuaternario). Esto es un proyecto global de desarrollo que deberá ser asumido por el conjunto de las Administraciones, fundamentalmente por la local, consensuado con todas las fuerzas políticas y sociales de la ciudad, y que señale las áreas de intervención prioritarias para la promoción de nuevos empleos.

Las distintas elaboraciones teóricas realizadas a partir de análisis empíricos sobre las estrategias de desarrollo local puestas en marcha en distintos países muestran la necesidad de ese *modelo ilusionante* para el conjunto de la sociedad local, pues sólo a partir del mismo puede conseguirse una sinergia entre las acciones (limitadas en el tiempo y en el presupuesto) de promoción que puede arbitrar un Centro Local de Empleo, con el propio dinamismo económico y social del resto de los agentes públicos y privados (Administraciones, Centros Educativos y Formativos, Empresas, Agentes Sociales...). Ese modelo dibujaría, en suma, la imagen (tanto presentida, esto es proyectada, como deseada, esto es programada) del territorio o la ciudad a un plazo medio (cinco/diez años).

A partir de aquí, como apuntan los documentos de la OCDE, "*son necesarios un proceso reiterativo y un esfuerzo repetido en un amplio frente, que abarquen desde la concienciación y el desarrollo de la comunidad hasta cuestiones concretas de carácter técnico y empresarial y logren la participación de toda la comunidad en lo que puede considerarse una forma participativa de planificación del desarrollo y una acción cooperativa*"⁽¹¹⁾.

De este modo es como estamos actuando, no únicamente sobre el paro, sino sobre el territorio o la ciudad como un organismo global (aunque no me gusta usar analogías

organicistas). El desarrollo no depende únicamente de factores económicos, de inversiones, sino que implica, asimismo:

- Reforzar los valores de identidad y pertenencia territorial, fomentando el espíritu de ciudadanía y el componente relacional de la convivencia, pues sólo de esa forma se promueve una **imagen de la ciudad**, o del territorio de que se trate, y un espíritu en la población encaminado a su potenciación. Es decir, difícil será poner en marcha un proceso de desarrollo si partimos de una minusvaloración por los ciudadanos de los recursos y potencialidades locales, y de sus propios convecinos.
- Mejora de la calidad ambiental y las condiciones de vida, mejorando y valorizando el medio ambiente, el patrimonio edificado, reforzando la vida cultural y científica, promoviendo la solidaridad y la integración social.
- Por supuesto, ya hemos hecho cumplida referencia a ello, creando una base económica sustentable
- Y promoviendo la intensificación de los procesos de relación e integración en espacios más amplios. este proceso será fundamental, si en la fase de sustitución de importaciones podemos alcanzar algún éxito, para potenciar las capacidades exportadoras de la economía local.

Desde luego, sobre la base de todos estos elementos señalados puede haber luego diversidad de estrategias sobre la base de los condicionantes ideológicos de quienes las diseñen, no debemos engañarnos a este respecto. Las estrategias de desarrollo local no son, como a algunos todavía les parece, nuevos ámbitos, como islas en el desierto, como Arcadias u otras construcciones del añejo socialismo utópico, sino que se enmarcan plenamente dentro del sistema de mercado en el que nos desenvolvemos, y si no se adaptan al mismo están condenadas al fracaso.

Pero pueden tener orientaciones muy distintas, dentro de ese campo de juego al que estamos atados hoy por hoy. Por mi parte prefiero referirme, y con ello termino, a estrategias basadas en criterios de ecodesarrollo, que como tales se apoyarán, fundamentalmente, en estos tres pilares que tomo de Ignacy Sachs⁽¹²⁾:

" - La autonomía de las decisiones y la búsqueda de modelos endógenos propios de cada contexto histórico, cultural y ecológico.

- La consideración por igual de las necesidades de todos los hombres y de cada hombre; necesidades materiales e inmateriales, empezando la de realizarse a través de una existencia que tenga un sentido, que tenga un proyecto de vida.

- La prudencia ecológica, es decir la búsqueda de un desarrollo en armonía con la naturaleza".

NOTAS

1. Ponencia en **Jornadas de Desarrollo Local y Promoción de Empleo**, Ayuntamiento de Badajoz/Centro de Empleo y Formación Guadiana, H.Zurbarám, Badajoz, 9/XI/94
 2. A.Baigorri,R.Fernández&J.Luna, *Evaluación ex-post de acciones formativas cofinanciadas por el FSE. Extremadura*, Fundación Universidad-Empresa de la Universidad Autónoma de Madrid, 1994, págs. 92-93 del informe sobre Extremadura
 3. A.Toffler, *La tercera ola*, Plaza&Janés, Barcelona, 1982, pag. 73
 4. M.Weber, *La ciudad*, La Piqueta, Madrid, 1987, pag. 13
 5. J.Jacobs, *La economía de las ciudades*, Península, Barcelona, 1971, pag. 12
 6. D.Morris/K.Hess, *El poder del vecindario. El nuevo localismo*, Gustavo Gili, Barcelona, 1978, pag. 115
 7. A.Toffler, *Cambio de poder*, Plaza&Janés, Barcelona, 1990, pag. 284
 8. X.Greffe, *Descentralizar en favor del empleo*, Ministerio de Trabajo, Madrid, 1990, pag. 11
 9. J.Jacobs, op.cit. pag. 255 y ss.
 10. A.Toffler, *Cambio de poder*, op.cit. pag 284
 11. "New roles for cities and Towns", Informes OCDE, 1987
 12. I.Sachs, *Stratégies de l'écodéveloppement*, Les éditions ouvrières, Paris, 1980, pag. 32
-